voy á decirlo todo—ante esos cuidados mercenarios, hipócritas, cuyo objeto y cuya víctima es en tantísimas ocasiones la infancia.

Este mal, pláceme así pensarlo, procede casi siempre de falta de talento y reflexión; no se sabe y — confesémoslo llanamente — no se trabaja poco ni mucho por saber cuál sea esta grande obra de la Educación. Verdad es que no se pone en duda su radical necesidad para todos, ni el inmenso influjo que ejerce sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad entera; nadie se recata de reconocer que su fin es formar, educar al hombre y perfeccionarlo, empero lo que se aparenta ignorar ó no saber más que á medias es que, para lograr este intento, el propio y esencial carácter de la Educación es cultivar, desarrollar y fortalecer todas las facultades del hombre, sin ruin excepción ninguna.

No se comprende que la humana Educación debe ser como el hombre mismo á quien se pretende formar: sencilla, una, constante y entera. El hombre, en efecto, no ha recibido de Dios cosa ninguna que la Educación pueda descuidar: es digno de ser educado bajo todos sus aspectos. La integridad de su Educación es ley providencial de su vida y de su porvenir. No se le puede frustrar de ella á sabiendas ó por negligencia, sin traicionarle de la manera más culpable: y, sin embargo, casi nunca nos informamos ni de los instrumentos, ni de los medios de que puede y debe echar mano la Educación, para llevar á cabo su grandiosa acción, y para terminar con respeto su obra tan sagrada. De ahí tantas Educaciones ruines y menguadas, que son á la vez desventura de alumnos y vergüenza de instructores.

CAPÍTULO VI

De la humana naturaleza en el niño: de sus defectos: necesidad de conocerlos y de corregirlos.

I

Preciso nos es tornar de nuevo sobre el niño, y dar una última y profunda mirada sobre su alma, mirada que llegue hasta los más recónditos pliegues y hasta las íntimas profundidades de su naturaleza; porque allí es donde en verdad se lleva á cabo la obra de la Educación; allí es donde están ocultos los obstáculos, como también los resortes y los remedios: allí, pues, deben enderezarse nuestros esfuerzos. *Hoc opus, hic labor est.*

Pero tengámoslo bien entendido: el alma, la naturaleza del niño es todo un mundo; digámoslo con las palabras de la Escritura: *Abyssum est cor* (Eccli., XLII, 18), es un abismo que nadie podrá jamás explorar y esclarecer lo bastante.

Y añade la Escritura, hablando de este corazón, que es á la vez inescudriñable y malo: *Cor pravum et inscrutabile* (Jerem., XVII, 19); inescrutable como las alturas de los cielos, como las profundidades de la mar. *Sicut cœlum sursum, et terra deorsum.* (Prov., XXV, 5.)

Y, sin embargo, quien no haya escudriñado este

abismo, quien no haya sondeado en todos los sentidos este corazón, es impropio para la grandiosa obra de educar; porque, vuelvo á repetirlo, esta obra no se lleva á cabo en la sobrehaz, sino en las intimidades del alma.

Aquí es menester trabajo y estudio de todos los días: y, aplicando al conocimiento de los niños las palabras de San Pablo, voy á permitirme decir á los maestros: *Ha ec meditare, in his esto, insta in illis.* El corazón del niño es el libro que precisa meditar y profundizar continuamente; dicho estudio no tiene fin: siempre habrá para vos algo que descubrir en él; y en tanto seréis idóneo para esta obra, más que á proporción que os hubiereis hecho hábil para leer en este libro viviente y para penetrar sus arcanos.

El obstáculo radical, íntimo, que sin cesar renace, es el fondo mismo de la humana naturaleza, que está viciada; son los defectos y los vicios, cuyos funestos gérmenes están en nosotros mismos, como consecuencia de la perversión original.

Dijo Platón: «No creáis que es bueno el niño recien nacido; empero lo podrá ser, con esmerada Educación.»

Es certísimo que el niño que acaba de nacer, no, no es bueno. Hay en él gérmenes malignos, que la edad puede hacer brotar. Pues bien: con estos gérmenes malignos, y á veces con las más vivas inclinaciones, en una palabra, con los íntimos defectos de esta naturaleza, es con los que se debe luchar; ayudándose, empero, de los medios de que dispone la Educación, muy superiores, á fe, á todos los que jamás llegó á conocer Platón.

El alma humana en el niño — hase dicho — es un tablero raso, en el cual todavía no se ha escrito nada;

sea así, aunque mucho habría que decir sobre el particular; pero cuando menos, tiene ya ciertamente todas sus virtualidades, todas sus potencias; y, si es fecunda para el bien, desdichadamente tiene también espantosa fecundidad para el mal.

Las dolencias de que sufre el alma humana, y, por consiguiente, la Educación del niño, no se pueden reducir á guarismo, como ni tampoco las enfermedades que aquejan á la salud y á la vida física: la Educación, medicina del alma, que tiene la misión de curar sus males, debe, como la medicina del cuerpo, comenzar por estudiarlas á fondo, para bien conocerlas.

Mas en esta alma, no hay sólo males, sino que también hay bienes: no hay sólo defectos; hay preciosas cualidades; y al propio tiempo que la Educación debe corregir los malos defectos y curar el mal, debe asimismo desarrollar las buenas cualidades y educar todo lo recto que en ellas hubiere, y, como dijo San Pablo, *vencer el mal por medio del bien.* Mas para esto no solamente es menester grandísimo celo, sino que también mucho discernimiento, y el empleo de remedios serios, sin los que jamás se curan los males del hombre.

II

PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

En una de las admirables parábolas, de sencillez enteramente divina, por medio de las cuales instruía nuestro Señor á sus discípulos — la parábola de la cizaña y del buen trigo — hay una espantosa imagen de lo que constituye el más terrible escollo para la Edu-

cación, y que forma también el supremo deber del instructor.

Esta parábola aplícase ante todo, sin linaje de duda, y en todos sus pormenores, á la mezcla de buenos y malos que hay en la tierra; mas en algunos puntos también se puede aplicar útil y verdaderamente á la mezcla de buenas cualidades y de defectos, de bien y de mal, que se encuentra en los niños y en toda humana criatura.

Dios — y esto es mucha verdad, — sobre todo tratándose de niños educados en casas de cristiana Educación, Dios ha sembrado con abundancia el buen grano en estos niños; primero mediante las buenas inclinaciones que les infundió desde su nacimiento; más tarde mediante el bautismo y demás sacramentos y todas las primeras gracias de una buena Educación. No hay naturaleza, por estéril y desgraciada que parezca, que no tenga su rico fondo de preciosas cualidades, que la Educación debe cultivar y desarrollar; pero también á vuelta de bellísimas cualidades, hay que reconocer en cualquier naturaleza de niño, sin exceptuar las más felices, otra familia de innumerables defectos, que en ella pululan; son todos esos gérmenes viciosos de los que ya hemos hablado, y que, según palabra del Evangelio, vienen á ser como cizaña en medio del buen grano: acercóse quedito el enemigo, durante una noche fatal, y entre la buena semilla, esparció la mala; y fuése...

Después, luego como crece la hierba, aparece de pronto entre las buenas plantas la cizaña, aparecen hierbas muertas, hierbas lánguidas, hierbas malas y contagiosas. ¿Qué sucede entonces? Los criados del padre de familia quédanse atónitos y pasmados; y no debería

ser así; porque después de la caída original, esta mezcla es natural, es inevitable: convendría fijarse en ello; pero ¡tan fácil es que nos forjemos ilusiones! Y á la sorpresa sucede muy presto la indignación; querríase, y al momento, como dice el Evangelio, arrancar aquel fruto de maldición: *Vis colligimus ea?* Es decir, — por dejarme ya de figuras, aunque por otro lado clarísimas — los padres ó los directores de una casa de cristiana Educación, después de haber sido ministros y testigos de los beneficios del Señor, descubren muchas veces con espanto que paralelamente á su trabajo, ha lugar otro trabajo, muy distinto del suyo; y que en almas donde se había derramado con profusión la gracia de Dios, han germinado á la sordina defectos inesperados, vicios que comprometerán toda su obra. — ¡Ay! no consienten en culparse á sí mismos, ni de grado quieren confesar que durante su sueño es cuando se ha hecho el mal, y que no han velado lo que debían: *Dum dormirent homines!* — Entonces una de dos: ó bien el maestro se forja ilusiones sobre el mal que no tiene valor para corregir, lo menosprecia y se torna de nuevo á dormir; ó bien, se encoleriza y querría talar todo el campo, para arrancar de golpe toda la cizaña, para no tener que pensar más en ella y así poder echarse de nuevo á dormir.

Empero en el cultivo de las almas no resulta esta determinación, ni este celo arrebatado es verdadero celo. Como hicieron los criados de que habla el Evangelio, es preciso recurrir á la sabiduría del dueño de la mies, y acordarse de la respuesta dada por el padre de familias á los trabajadores, que no saben reparar los largos desaciertos de su sueño más que con el ardor y los estragos de un celo pasajero y destructor:

Vis imus et colligimus ea? — No, se les respondió: *Ne forte colligentes zizania, eradicetis cum eis et triticum.* ¡Respuesta de profundidad divina!

Seguramente, que no tratamos de dejar subsistir en las almas los defectos que germinan en ellas. La necesidad de extirpar la mala semilla dedúcese manifiestamente de estas terribles palabras del padre de familias: *Al tiempo de la recolección diré á los segadores: Recoged primero la mala hierba, y atadla en fajos para el fuego.* La salvación de las almas, en las que se ha desarrollado este impuro germen, está manifiestamente vinculada á la extirpación de sus defectos; empero, menester es usar de grandísima prudencia y de muy atentas precauciones, para no arrancar el trigo junto con la cizaña.

Si los malos gérmenes no se hubieren destruído á tiempo, cuando llegue la última siega, todo será perdido. Mas en esta primera mies de las almas que se cultivan por medio de la Educación, hay que tener mucho cuidado de no extirpar el bien junto con el mal, las buenas cualidades al mismo tiempo que las malas: muchas veces se tocan muy de cerca, y si uno no es muy atento observador, se corre grave peligro de tomar las unas por las otras; para esta obra de discernimiento y de sabia extirpación, hay que conocer bien el fondo de la humana naturaleza, es decir, los defectos que anidan en las profundidades del corazón, y que pueden sofocar las semillas que Dios en él ha derramado: hay que conocerlos, y conocer al propio tiempo sus remedios. Y es también preciso haber estudiado las felices disposiciones de la naturaleza y el partido que de ellas se puede sacar.

En una palabra, es de toda necesidad necesario

haber reconocido á ciencia cierta la naturaleza del bien y del mal, los buenos y los malos gérmenes, sus diversas clases, sus varias raíces y sus numerosas ramificaciones.

Y eso es á lo que rarísima vez se decide el celo impetuoso, el celo falso. Este celo es casi siempre tan perezoso como apasionado. No sabe hacer más que ó echarse á dormir en deplorable sueño, ó despertar bruscamente para arrancarlo, para trastornarlo, para destruirlo todo en el alma.

Muy otro espíritu, muy otra manera de proceder, tiene el celo verdadero. A él se dirigen las enseñanzas que escribimos á continuación.